

## COMENTARIO DE LIBRO

### **TEMBLORES DE TIERRA EN EL JARDÍN DEL EDÉN. DESASTRE, MEMORIA E IDENTIDAD. CHILE, SIGLOS XVI-XVIII. MAURICIO ONETTO PAVEZ, EDICIONES DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS (DIBAM), 2017, 472 pp.**

José Miguel de Toro Vial<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Facultad de Comunicación, Historia y Ciencias Sociales, Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción, Chile, correo electrónico: [jmdetoro@ucsc.cl](mailto:jmdetoro@ucsc.cl)

Todos tenemos memoria de algún cataclismo de los muchos que han tenido lugar en el territorio chileno: terremotos, inundaciones, tsunamis, incendios. Ese es el tema que aborda el libro del profesor Mauricio Onetto, para un período particular de nuestra historia, la época colonial (siglos XVII y XVIII), y tomando un elemento de análisis específico: los movimientos de tierra, temblores y terremotos, como signo distintivo de la mentalidad de catástrofe (o crisis) de Chile.

La obra consta de tres grandes secciones. Después de una breve Introducción, donde se explicitan algunas referencias teóricas y la estructura del libro, se abre la primera parte que lleva por título “¿Chile, una tierra de riesgos y catástrofes?” Aquí se exponen las sensibilidades iniciales de los conquistadores españoles en relación a las adversidades que encontraron en el territorio, desde la funesta expedición de Diego de Almagro (1536-1536) hasta el terremoto de Santiago de 1647, pasando por la guerra contra los naturales y los ataques piratas. “Abandono, exclusión, antípoda e insularidad” (p. 39) es el triste rótulo que describe esas primeras percepciones. Todo lo cual contribuyó a generar la “mala fama” de la tierra de Chile (pp. 45 y ss).

La segunda parte, titulada “Experiencia y discursos del desastre”, analiza los discursos construidos a partir de la experiencia de los terremotos. Como excusa para instalar una retórica con objetivos bien precisos (victimización de los pobladores para obtener el apoyo de la corona), se pone en juego una dinámica que involucra un lenguaje específico y unas imágenes acordes con la “escritura de la catástrofe” (pp. 169 y ss). A continuación, el análisis pasa del discurso a las prácticas, y en el apartado “Paisaje de la catástrofe” se aborda el problema de cómo la sensación de vivir con la catástrofe “condicionaba la forma de relacionarse y habitar el territorio” (p. 298). Lo que se expresa tanto en conductas, por ejemplo, arrancar a los cerros, como en los mecanismos de construcción de casas y tajamares.

“Memorias, representaciones y circulaciones del discurso catastrófico” es el título de la tercera y última parte (p. 329 y ss). Aquí el autor presenta la proyección en el tiempo que tuvo esta “memoria telúrica” (p. 335), construida a partir del juego entre recuerdo y olvido selectivo. Se trata, de hecho, de una experiencia llena de sentido que marca profundamente a los habitantes del territorio y que se prolonga desde ese entonces hasta la actualidad. En esta sección se aborda igualmente el efecto que el discurso de la catástrofe tuvo en otras esferas tales como la poesía y las artes plásticas. Como una concreción de lo anterior, aparece la incorporación de la catástrofe en las festividades y celebraciones públicas, entre las que destaca la fiesta del Cristo de Mayo.

El volumen se cierra con unas “Consideraciones finales” breves pero contundentes (pp. 421-424).

Cuando la naturaleza habla, la tierra envía sus mensajes y los seres humanos, insignificantes y en gran medida impotentes ante tan magno interlocutor, todavía no somos capaces de entender este lenguaje; necesitamos interpretar y codificar. Una de las ideas matrices del libro es, precisamente, que la interpretación y codificación varía según los tiempos, las culturas, las creencias. Así, esta obra nos sitúa en el contexto histórico de las sociedades tradicionales.

Para desarrollar el argumento, el profesor Onetto examina cuatro grandes terremotos ocurridos en Chile en los siglos XVII y XVIII: 13 de mayo de 1647, en Santiago; 15 de marzo de 1657, en Concepción (con tsunami); 8 de julio de 1730, en Santiago y Concepción; y 25 de mayo de 1751, en Concepción (con tsunami y destrucción total).

Es un tiempo en que conviven las creencias tradicionales con las primeras explicaciones científicas. En efecto, el siglo XVIII es la época de los naturalistas, de los grandes viajes de exploración por el mundo, como el de Louis Antoine de Bougainville (1766-1769) o el de Alejandro Malaspina (1789-1794), entre otros. No

obstante, perviven las consideraciones propias de una dimensión sobrenatural, sagrada. En ese contexto, el terremoto es visto como manifestación de un “designio divino”, de una “justicia sobrenatural” o de un “castigo de Dios”, por lo que se debe aplacar la ira con la reforma de las costumbres: en el vivir, en el vestir, haciendo penitencia, rapándose la cabeza y hasta recurriendo a las flagelaciones. Luego de la destrucción de su convento por el terremoto de 1730, las monjas clarisas de Santiago salieron a las calles con sogas al cuello y coronas de espina (p. 245). Es una tradición que viene desde el mundo antiguo: los fenómenos naturales vistos como prodigios, portentos u ostentos porque muestran, manifiestan y revelan una voluntad superior y divina (aunque quizás la diferencia es que en el mundo antiguo los prodigios también podían significar escenarios positivos).

Ya en el Chile colonial, la obra del profesor Onetto aporta innumerables ejemplos de la lectura mística que se hacía de los terremotos. Pero, sobre todo, es la imagen de la tierra misma en movimiento lo que sobrecoge. Un caso corresponde a la relación sobre el terremoto de 1647 del Obispo de Santiago, Gaspar Villarroel cuando comenta que la tierra mostró sus fauces: “temíamos que nos tragara, porque se abrieron en la plaza muchas grietas, y en los caminos tan hondas, que como conmovidos los abismos, rebosaron las sentinas, despidiendo aguas de mal olor y grandes sumas de arena” (p. 248). Y de la catástrofe natural, se salta a la dimensión política, cuando aquella sirve para reflexionar sobre las atribuciones de los poderes públicos: el Cabildo, la Real Audiencia, el Obispo. El autor del libro nos advierte que los discursos se ciñen a unas “normas estéticas” y a “supuestos” en una expectativa de éxito; extremar las condiciones de la catástrofe para provocar una reacción en las autoridades peninsulares y generar una dinámica de ayuda y conmiseración. El mismo Gaspar de Villarroel se quejaba del desamparo y de que la autoridad no había dado un solo real para la reconstrucción después de la catástrofe. Ante lo cual la Hacienda Real respondía que estos temas no eran materia de un prelado de su categoría. El autor muestra así que el discurso catastrófico sirve para alimenta un discurso tendiente a deplorar los vicios, elogiar las virtudes, criticar a las autoridades y afirmar aspiraciones (políticas, económicas, religiosas, etc.). Hay, por tanto, un mensaje muy concreto y terrenal pero adornado con la retórica de la justicia divina.

*Temblores de tierra en el Jardín del Edén* combina, pues, una gran erudición, un excelente manejo de la documentación de la época, y el diálogo con los principales historiadores contemporáneos del tema, tanto nacionales como extranjeros. Posee un nutrido aparato crítico que da cuenta de los procedimientos metodológicos que sostienen la investigación. Asimismo, efectúa un análisis profundo y ponderado de los relatos. Lo que da cuenta de una gran labor de pesquisa por parte del autor, quien tuvo acceso a un corpus de más de mil testimonios (p. 423). De esta manera pone de relieve magistralmente la interconexión de tres elementos: la memoria, la historia y el olvido.

Como resultado, el libro hace patente la actualidad del problema. Las catástrofes son un argumento de larga duración que ha modelado la mentalidad de la población: de Arica a Magallanes, atraviesan la historia de Chile y conforma la memoria colectiva. Memoria construida a partir de percepciones y discursos, ciertamente, pero no menos definitoria de nuestra identidad. La catástrofe natural rivaliza así, a partir del siglo XVII con la guerra entre españoles e indígenas que también marcó el territorio, especialmente en la zona sur.

En definitiva, la geografía y la relación con la naturaleza, han contribuido a modelar la identidad de nuestro país, pero como nota el autor muy acertadamente, en una dialéctica entre fertilidad del territorio y desgracias naturales; es decir, entre la idealización de la geografía y la idealización de la catástrofe. La obra de Mauricio Onetto, *Temblores de tierra en el Jardín del Edén*, es, pues, un gran aporte a la historiografía contemporánea y a la memoria nacional.